



¿Para qué sirven los arquitectos?

La pregunta la formularía así: ¿para qué sirven los arquitectos? Introduciendo el verbo servir parece que se está haciendo una apelación a la funcionalidad. Servir puede querer decir utilidad práctica, pero también utilidades simbólica o estética, que sin embargo son necesarias para vivir, aunque a menudo no seamos conscientes de ello. Aunque muchos, dándose las de listos (cuando en realidad son simplemente unos especuladores), hayan querido enfrentarlas. En nombre de la funcionalidad –y de la economía–, se han querido justificar monstruosidades estéticas y operaciones destructivas del tejido urbano. De la misma forma, pero a una escala mucho menor, en alguna ocasión se ha abusado de las pretensiones formalistas y se han construido edificios perfectamente inhabitables. Yo creo que no se puede ir contra la esencia de las cosas: una casa (o, en otra escala, una ciudad) debe ser un espacio que reúna las comodidades físicas y estéticas mínimas para ser habitada. Y si no se cumplen estos requisitos –bien porque el desprecio por el cliente (especialmente si es pobre) hace que todo valga mientras se gane dinero, bien porque la petulancia del educador le hace confundir un galimatías de niveles y escalas con un espacio para vivir–, la arquitectura no sirve.

Todos los saberes generan una filosofía espontánea, un pensamiento propio del oficio que, en un grado más o menos consciente, es compartido, imprime un carácter entre los practicantes de una profesión. La filosofía espontánea de la arquitectura está muy próxima a la del militar aunque se practique con otros medios (no siempre ni forzosamente destructivos). Ambos contemplan el territorio como un espacio disponible sobre el que se puede actuar con cierta impunidad. Para el militar es un espacio de conquista: ocupación del territorio. Para el arquitecto, es un espacio a modelar: construir un medio en cuyo marco crecen y viven los hombres en sabiduría y virtud. Los grandes movimientos arquitectónicos utópicos y no tan utópicos, son la expresión suprema de esta filosofía.

Cualquier filosofía espontánea se atempera y adapta a medida que aparecen las rugosidades de la vida real, en este caso del espacio disponible, así como de las personas que lo habitan. Poco a poco, el arquitecto descubre las dificultades que plantea roturar un espacio conforme a la razón. Y aparecen los habituales contrapesos a los excesos de la racionalidad teórica: los intereses y deseos de las personas y las sociedades. Esta multiplicidad es lo que constituye eso que llamamos ciudad.

A lo largo de la historia, se ha librado una dura pugna entre los poderes políticos, los poderes económicos y los ciudadanos, para conferir a las ciudades las formas precisas. Algunas de las innovaciones (los bulevares que abren el camino de las ciudades modernas, por ejemplo) no son ajenas a la lógica de favorecer simultáneamente la posibilidad y el control de la circulación de personas y mercancías. Los arquitectos han ocupado un lugar intermedio como brazo ejecutor, en un equilibrio que no siempre ha caído del mejor lado. Todo desastre urbanístico tiene como mínimo tres firmantes: el dinero, el político y el arquitecto. Y la responsabilidad no es eludible, aunque se invoque la preeminencia del cliente y el sagrado principio neoliberal del dejar hacer.

El arquitecto se mueve entre el poder político y el poder económico, tratando de salvar su alma –o su imagen– y hallando vías para expresar sus ideas. El uso que el político ha hecho del arquitecto expresa la voluntad del Estado de ejercer de árbitro entre los abusos del poder económico, así como de explotar el valor simbólico de la piedra como factor de activación del consenso ciudadano. Barcelona ha sido un buen ejemplo de ello. La alianza entre el príncipe y el arquitecto ha servido para acometer una



mejora objetiva de la ciudad, y también para renovar el orgullo de los barceloneses a través de la identificación con los nuevos símbolos públicos que coronan la ciudad. Sin embargo, inevitablemente, estas alianzas acaban derivando hacia el «buen gusto» y dejan poco espacio para la experimentación. El político busca, en buena lógica, los gustos medios, los de la mayoría, y éstos, forzosamente, deben haber pasado por el cedazo de lo convencional. De las primeras experimentaciones en parques y plazas (que culminaron con el mito de las plazas duras) de principios de los ochenta, a la joya de la corona olímpica (el pabellón de Izosaki), se puede rastrear perfectamente la curva que va de la innovación creativa al pastel de aniversario.

En sentido estricto, pues, los arquitectos deberían servir para poner funcionalidad y gusto en las casas y ciudades. La habilidad de tejer la mejora del paisaje urbano, en medio del sistema de intereses y apetencias que constituye una ciudad, es decir, sin pretensiones de *tabula rasa* (que siempre acaban generando monstruos) y sabiendo que todo tiene, felizmente, el rastro permanente de la complejidad, todo ello constituye la dignidad del arquitecto. Evitar que las ciudades se destruyan debería ser su compromiso moral (y las ciudades no sólo se destruyen a causa de la guerra, sino que mueren un poco cada vez que se ponen puertas a la libertad –la invisibilidad es el valor máspreciado de la ciudad– y que se queman los rastros de la memoria). No obstante, estos imperativos no deben bloquear el valor esencial de una ciudad: el cambio. Un cambio que debe tener un sentido y una dirección: acoger a la gente más diversa en condiciones razonables.

En la ciudad actual, diversidad quiere decir complejidad. En esta complejidad, las propuestas utópicas ya no tienen cabida. De hecho, la utopía ha sido siempre (aunque los arquitectos no quisieran darse cuenta) contradictoria con la ciudad. Una utopía es aquello que no tiene un lugar preciso donde ubicarse. La ciudad, para empezar, es un lugar. Y es sobre el lugar donde, en etapas sucesivas, se construye la ciudad como fruto del aluvión de personas y cosas que se han depositado sobre ese territorio.

Por lo tanto, el arquitecto sabe que su sueño de disponer y roturar a su gusto un territorio es cada vez más improbable. Y que hay problemas, viejos y nuevos, formulables en términos espaciales, que son los suyos y que requieren respuestas. Empezando por el problema esencial, el primero, el de la casa: la pieza articular de todo el *puzzle* urbanístico. ¿Por qué ha dejado tanto tiempo abandonado el problema de la habitación? ¿Por qué hace tanto tiempo que no surgen ideas nuevas en torno a esta cuestión capital y se acumulan las salvajadas especulativas? ¿Es acaso una reacción de impotencia, una claudicación del arquitecto y del poder público? Junto a este problema inagotable, la propia idea de territorio y de ciudad cambia. La ciudad ya no es lo que era, ni está claro que pueda mantener lo que tiene de esencial. Los territorios pierden sus perfiles y se cruzan con los problemas de movimiento y de tiempo. Todo se relativiza. Aparecen espacios nuevos. Mutaciones y flujos nos indican esta nueva relación espacio-temporal. Contenedores y *terrain vague* nos identifican los nuevos espacios que genera la ciudad, a menudo como desperdicios que hay que reciclar. Los arquitectos tienen muchos motivos sobre los que reflexionar, si quieren seguir convenciéndonos de que aún sirven para lo que les habíamos atribuido la competencia: diseñar un marco habitable, tanto en sentido funcional como en el sentido formal.